

cumento que lava el muy discutido honor germánico. Porque eso de prohibir que se ofrezcan refrescos, indica que se ofrecen... Y eso de impedir que las damas se muestren amables, prueba que lo son...

Ya me decía yo desde el principio: no puede ser que todo un gran pueblo en el cual floreció antaño la flor azul del sentimentalismo, un pueblo que leyó *Werter* y que aun lee *Fausto*, un pueblo de poetas y de filósofos, se haya entregado en masa a la más baja, a la más inútil, a la más vil de las barbaries. Esos soldados que asesinan mujeres y niños, que fusilan curas de aldea, que insultan a los ancianos, no son, no deben ser la Alemania entera. Por mucho que el caporalismo prusiano haya endurecido el alma de la vieja raza alemana, algo debe quedar en el fondo de humano, de noble, de generoso.

Debo confesar, empero, que por más esfuerzos que hacía buscando en el farrago inextricable de las noticias un rayo de claridad elegante, no lograba encontrarlo. Día tras día, los despachos de Londres, de Bruselas, de Cristianía, de Rotterdam, de Roma, de Zurich, iban amontonando documentos espantosos para el proceso que la Humanidad tendrá que hacer más tarde al pueblo de Guillermo II. Ni los neutros, ¡qué digo!, ni los amigos, lograban escapar a la furia teutónica. Los mismos italianos, los mismos yanquis, los mismos holandeses, los mismos españoles, tenían que quejarse de los malos tratos recibidos en Alemania. Las aventuras de *Colombine* no son nada si se comparan con las de muchas damas de Roma, de La Haya y de Ginebra, que, sorprendidas en los baños de Baden en el momento de la declaración de guerra, fueron injuriadas, maltratadas, golpeadas por un populacho que no encarna el alma de Alemania, indudablemente, pero que ante el mundo, en

estos momentos, se empeña en representar las pasiones alemanas. ¿Qué podía esperarse, después de todo aquello, de un momento histórico en el cual los ricos burgueses de Munich, al saber que unos cuantos borrachos habían levantado las faldas a dos señoras norteamericanas en plena calle para azotarlas, se echaron a reír alegremente?...

Yo, sin embargo, esperaba...

El recuerdo de mis largos días de Berlín, en los cuales conocí, entre muchas groserías, algunas delicadezas, obligábame a no poner, bajo la cifra de salvajes cuyas hazañas indignan y espantan, un número total de sesenta y cinco millones de seres humanos. No, no podía ser; yo no podía aceptarlo. ¿Qué se habían hecho, entonces, aquellas familias de Charlottenburgo que, en largas veladas, me habían permitido sentir la dulzura algo monótona, pero muy leal, de la culta Alemania?... ¿Dónde estaban mis amigas, las rubias *gretchen*, Carlotas y Margaritas, cuyos ojos se humedecían de emoción al oír las baladas de Heine?... ¿En qué lugar remoto se refugiaban los buenos y ardientes y nobles soñadores que me hablaban de cosas ideales en el fondo ahumado de los cafés de Unter der Linden?...

En seis años un país no cambia tan radicalmente que todos sus hombres se conviertan en fieras.

— ¡Ah! — exclamaban los amigos a quienes ayer y anteayer confiaba yo mis inquietudes —. ¡Ah!... ¡Usted no sabe lo que es la máscara germánica!... Todos los poetas de Berlín deben ahora llevar un sable, con el cual asesinan alegremente a los niños y a los ancianos. Los belgas lo saben; los pobres belgas, que han visto a la cabeza de las hordas devastadoras a los alemanes que, dos semanas antes, recibían aún en las ricas ciuda-

des flamencas una hospitalidad fraternal... No hay alemán, créalo usted, no hay un solo alemán que, una vez la guerra declarada, haya dejado de recobrar su espíritu ancestral de barbarie.

¿Era aquello posible?

La famosa *orden* del comandante de la plaza de Colonia nos demuestra que no.

Los soldados pueden seguir incendiando, fusilando, pillando. Los generales pueden mostrarse siempre arrogantes y crueles.

No importa.

Eso no es Alemania.

Detrás de ellos quedan las buenas mujeres de Heidelberg, que acuden a la estación cuando pasan trenes de prisioneros, para reconfortarlos con sus piadosas sonrisas rubias, para animarlos con sus dones amables. Y poco importa que un militar grosero las llame histéricas; poco importa que los centinelas las impidan llegar de nuevo hasta los andenes; poco importa que los burgueses, aterrorizados, las obliguen a no salir más de sus casas. El mundo ha visto ya sus almas. Y quizás, más tarde, cuando el gran Jurado de los pueblos le pida cuenta al ejército que invadió Bélgica de su barbarie, ellas, hoy injuriadas, sean las únicas que pongan en la balanza de la justicia eterna algo que constituya un peso, ligero, pero importante, en favor del gran pueblo deshonrado por algunos de sus guerreros.

Joffre «el Taciturno».

4 de septiembre.

Con la ligera y suave ironía que los franceses no pierden ni aun en las circunstancias trágicas, un periódico dice hoy, refiriéndose a una *entrevista* póstuma de don Nicolás Estévanez:

«Ya que nuestros buenos amigos, los españoles, no pueden, a pesar de sus generosos deseos, darnos nada, que, por lo menos, no nos quiten lo mejor que tenemos, a saber, nuestro generalísimo.»

Y luego explica que «si Joffre es catalán, no por eso deja de ser francés». Hay, en efecto, una Cataluña francesa, cuya capital es Perpiñán, y en esa Cataluña, igual por la raza y por la energía a la de España, fué donde nació, hace exactamente sesenta y cuatro años, el rudo jefe del ejército que lucha contra Alemania. Sus amigos, que veneran en él las más altas virtudes militares, lo llaman *el Taciturno*. «En tres meses — dice uno de sus ayudantes — no le he oído pronunciar tres palabras.» Los que llevamos veintiocho días esperando sus boletines de guerra, hemos ya notado que ésta no es una leyenda. Se dan batallas, se toman y se pierden posiciones importantes, se cambian generales, se destruyen cuerpos de ejército, se hacen millares de prisioneros, se cubren los campos de cadáveres, y el comandante supremo no pronuncia una sola frase de esas que tanto entusiasman a

los pueblos que luchan. Antes de las batallas, los que están a la cabeza de los cuerpos de tropas lo ven llegar a caballo, seguido de su Estado Mayor. Lo ven inspeccionar cada regimiento. Lo ven examinar el terreno. Luego lo rodean, esperando algunas observaciones o algunos elogios. Pasan algunos minutos, durante los cuales sólo el choque de los sables contra los estribos rompe el silencio. Al fin, el *grand chef* saludó en silencio y se aleja. Sus instrucciones llegan más tarde, en hojas redactadas en estilo telegráfico.

En otro tiempo, sin embargo, Joffre no era taciturno.

Hay una historia de su vida que nadie garantiza como auténtica, pero que todos repiten. ¿Es cierta? ¿Es falsa? No lo sé. Tal como la oigo, así la cuento. Se trata de Joffre capitán.

Sus compañeros del colegio de Rivesaltes, que pasaban en su compañía los veranos, cabalgando por los campos catalanes, admiraban, además de su apostura, su elocuencia. Todo parecía interesarle. De todo hablaba con calor, con entusiasmo. La idea de fortificar los puntos estratégicos en cualquier región que fuera, obligábalo a discutir a cada instante con sus camaradas de la Caballería, siempre desdeñosos de las fortalezas. Pero un día, un día entre los días, como dice Scheherazada, el amor entró en su pecho. Casóse con una muchacha de su pueblo. Al cabo de tres o cuatro meses enviudó. Desde entonces nadie volvió a oírlo hablar. Cuando su notario de Perpiñán le dijo que su esposa, muy rica y sin ninguna familia, lo había instituido heredero de su gran fortuna, contentóse con hacer un signo negativo. Y por más que sus mejores amigos insistieron aconsejándole que aceptase aquel legado, jamás dejó de mover la cabeza negativamente.

¿De qué podía servirle la riqueza al que, perdiendo su hogar, su amor, su dicha, proponíase vivir como un cenobita de la guerra? Para lo único que abrió los labios fué para pedir al ministro que lo mandase a cualquier puesto de lucha o de trabajo. Una terrible fiebre de acción, de actividad, de sacrificio personal, devoraba su corazón herido. Quería olvidar, sin duda. Quería huir de su terrible coloquio con una muerta. Quería desposarse con un ideal, ya que el único lazo que lo unía a la realidad estaba roto.

Y en silencio, muy en silencio, emprendió su carrera de fortificador. En todas las colonias lejanas de Francia donde la bandera tricolor ondea sobre un fuerte de acero, los que la enseñan dicen:

— Está hecha por Joffre.

Es el mayor elogio que se puede tributar a una obra de defensa.

La ironía de la suerte quiere, no obstante, que en estos días de épico esfuerzo, la región en que los ejércitos de la República resisten el choque de dos millones de invasores sea la única del territorio francés no fortificada. Ved un mapa, y lo notaréis en el acto. Desde Lille hasta Montmedy existe un espacio de más de doscientos kilómetros sin una sola plaza fuerte.

Pero tal vez esto no sea del todo desagradable a Joffre, que se quejaba poco ha de que se le considerase como un hombre sólo capaz de fabricar *casemates* llenas de cañones de sitio. En pleno campo, sin más abrigo que el de sus tropas, su confianza actual es absoluta. Y cuando alguien le dice que hubiera sido mejor poder luchar ante las plazas inexpugnables de Verdun, Toul y Épinal, se contenta con levantar los hombros, murmurando entre dientes:

— Esperad el final...

Francia entera, a pesar de su alma *frondeuse*, siempre dispuesta a no creer en los superhombres, espera con confianza lo que este taciturno optimista le promete (1).

(1) Después de escrito este artículo, he tenido el honor de ser recibido por el general Joffre, que no es nada taciturno. Más adelante, en un segundo tomo de mi CRÓNICA que se titulará: *En los campos de batalla*, hablaré de esta entrevista, verificada el 30 de noviembre en Meaux.

El alma de la ciudad.

5 de septiembre.

Era natural que el poeta de la *Cité morte* no se alejase de París en estos días de soledad y de silencio. Con sus calles abandonadas y con sus puertas cerradas, la inmensa capital donde, según la frase de Baudelaire, «todo lo monstruoso florece cual una flor», produce hoy la sensación noblemente melancólica de una metrópoli de otros tiempos, de otros pueblos, de otras razas. Allá hacia el Barrio Latino, en especial, entre plazas medievales y edificios góticos, el cuadro adquiere una grandeza lúgubre, que exalta a la par que acongoja. Cada iglesia venerable, cada palacio secular, cada pórtico histórico, destácase en plena gloria evocadora, sin que ningún tumulto ahogue la voz austera de sus piedras. En su isla muerta, Nuestra Señora parece subir más alto que de ordinario, y a su sombra las capillas milagrosas se agrandan. Pero es el paisaje del Sena, que ningún barco anima, el paisaje gris de estos primeros días de septiembre, el que obsesiona y apasiona a las almas artistas. Reflejando en sus aguas los torreones de la Conciergerie, los muros austeros del Hôtel-Dieu, las flechas de la catedral y las fachadas negras de los palacios ducales, el río ha tomado una quietud de la cual toda vida está ausente.

¿Qué se ha hecho de los habitantes de esta *Cittá* inmensa? Las estadísticas aseguran que de sus tres millones de seres humanos apenas una tercera parte ha buscado, en regiones más serenas, bajo el sol del Mediodía, un refugio tibio. Dentro de sus muros, ahora coronados de cañones, quedan, pues, dos millones de parisienses.

¿Dónde está ese inmenso gentío?... ¿Por qué calles transita?... ¿En qué mercados se aprovisiona?... ¿Qué medios de locomoción emplea?... Aun en pleno centro, la larga fila de los bulevares aparece cual una calle muerta. De sus terrazas, sonoras y gesticuladoras, ni el sitio en que existieron se distingue. Sus mil vidrieras, antaño llenas de objetos tentadores, escóndense tras espesas cortinas de hierro. Sus mismos lampadarios, con sus grandes brazos, dijéranse cruces que marcan la vía interminable de un calvario.

Y apenas el crepúsculo envuelve en su penumbra el conjunto, un silencio absoluto, un silencio de necrópolis milenaria, un silencio apenas interrumpido y como acentuado de tiempo en tiempo por el paso de algún fantasma, reina dolientemente en el espacio frío.

— No hay un alma — murmuramos los que gozamos de este espectáculo.

Y es que, en realidad, el *tout* París, que en tiempo de Daudet se componía de mil personas, no pasa hoy, a pesar de la ola invasora de la democracia, de cien mil. En cuanto esos cien mil seres humanos y sobrehumanos abandonaron sus hogares, sus teatros, sus paseos, sus clubs, sus restaurants, sus cafés, París se sintió huérfano y viudo.

No hay ilusión mayor, en efecto, que la de los censos de las grandes ciudades. Decir que París tiene tres millones de habitantes o que Madrid tiene medio millón,

es una locura. Suprimid el mínimo porcentaje de lo que bulle en uno y otro pueblo, y os encontraréis en el desierto.

— Todo Madrid está en las playas — decimos en agosto, viendo la calle de Alcalá.

Ese todo Madrid resulta, lo mismo que el todo París, una minoría, una aristocracia, un grupo. Y, sin embargo, es, real y positivamente, todo Madrid.

Los dos millones que en estos días respiran y comen y trabajan en la capital de Francia, no logran animar el gran cementerio nacional. Dónde se esconden nadie lo sabe. Pero de fijo se esconden, puesto que ni los vemos, ni los oímos, ni los sentimos.

El autor de la *Cittá morta* declara que cada uno de sus paseos actuales por los viejos barrios de Lutecia es una peregrinación llena de sorpresas.

«Nunca — dice — he amado más a esta reina del mundo latino, en cuyos flancos se prepara el advenimiento de una nueva era histórica.»

Y para contribuir, a su manera, a la obra formidable del porvenir, ha buscado, en San Julián el Pobre, un altar vetusto, ante el cual se arrodilla todas las mañanas, murmurando ardorosas preces toscanas. El Cristo que ahí habita, entiende la lengua del poeta, puesto que Dante fué también en otra época trágica a orar al pie de su cruz.

¡De Dante a d'Annunzio!

Hace años, cuando aun no había conquistado sus coronas de laurel universal, el autor de *La nave* buscaba en las márgenes del Arno, cerca del famoso puente de la Trinitá, donde Beatriz apareció una mañana a su amante, las huellas del padre de los poetas italianos. Cada piedra antigua daba a su alma joven una lección

de claridad, de armonía, de amor de su raza y de su genio. La voz de los muertos que afinaron la sensibilidad romana en la aurora del Renacimiento, murmuraba a sus oídos consejos de belleza eterna. Y he aquí que ahora, en el París desierto de las orillas del Sena; en las faldas de la montaña que sirvió de balcón a Santa Genoveva para ver levantarse el sol del espíritu francés; entre los venerables recuerdos de la Edad Media, la sombra del mismo Alighieri vuelve a surgir en la melancolía de una iglesia humilde, que guarda como un tesoro ideal el eco de las oraciones del desterrado florentino.

¡Ah, París, París! ¡Los que allá, en Burdeos, en el tumulto de las Allées de Tourny, aseguran que no hay dentro de tus murallas en estos momentos nada que ver, ignoran cuán inagotables son tus grandezas! Para ellos, sin duda, para ellos, que viven en el Bulevar, que no admiran sino tus nuevas avenidas, que no se embriagan sino de tu fiebre, los santuarios de tu pasado glorioso no son nada. Sus gestos ocultan, en tiempos ordinarios, tu gracia antigua, tu pureza evocadora, tu encanto de relicario. Pero hay, por fortuna, poetas que, huyendo del ruido del éxodo, saben siempre buscar en el fondo de tus esplendores lo que no es de hoy ni de mañana, sino de ayer y de siempre.

La estrategia de Joffre.

6 de septiembre.

La estrategia del general Joffre, que parecía algo obscura hasta ayer, comienza a clararse. Con una paciencia digna de aquel genial e impopular Fabio a quien los romanos llamaban irónicamente *el Contemporalizador*, el jefe francés ha retrocedido durante quince días paso a paso, vendiendo caro cada pie de terreno, sin preocuparse de que la impaciencia y la inquietud preguntábase dónde se decidiría al fin el ejército a dar la batalla. «Sin una acción verdadera — murmuraban — hemos perdido más hombres que en Sedán.» En vez de contestarles, el generalísimo escribía instrucciones para sus tropas con la misma tranquilidad de un director de maniobras en tiempo de paz. «Cada vez que queréis lanzaros al ataque — decía a la infantería — sin esperar que los cañones hagan sentir su acción, el fuego de las ametralladoras os diezma. Hay que evitar esto. También noto que vuestro orden de batalla no es bastante disperso. Cuando las unidades que atacan son muy densas, el fuego enemigo las castiga de tal modo que resulta imposible resistir a un contraataque.» Luego, dirigiéndose a la caballería, agregaba: «Las divisiones de caballería alemana atacan siempre haciéndose preceder por algunos batallones de infantería transportados en automóviles. Las patrullas

que practican reconocimientos y avanzadas, buscan un apoyo, en cuanto se ven perseguidas, detrás de la infantería. Es preciso que al correr tras esas avanzadas evitéis de caer en esas líneas, y que os hagáis siempre sostener por la infantería para aumentar vuestra capacidad ofensiva.» Leyendo estas lecciones de táctica, la gente pensaba que para retroceder hasta las puertas de París no había necesidad de tanta teoría.

Sólo los militares conservaban en estos últimos días un optimismo imperturbable. «Los que no han hecho estudios especiales — escribía ayer el general Cherfils — se figuran que las tropas que retroceden es porque no pueden resistir a las que avanzan. Esta idea popular es falsa.» Y el general De Lacroix, al mismo tiempo decía en *Le Temps*: «No dejaré de repetir que resistiendo y durando venceremos. En un vasto campo de batalla no hay que preocuparse de perder terreno. Hay un punto de doctrina que hemos heredado de Napoleón; a saber: que ante todo hay que economizar las fuerzas para utilizarlas según la voluntad del jefe. No hay que inquietarse, pues, del retroceso estudiado.» En cuanto al general Prudhomme, he aquí sus últimas palabras: «Los alemanes tratan de envolver nuestra ala izquiérda para aislarla del campo de París, pero esto no lo podrán conseguir sino sitiando al menos por el Nordeste con fuerzas muy importantes la capital. Ahora bien: esto es imposible, dado el número de sus soldados. Ya no pueden sino tentar un supremo esfuerzo antes de batir en retirada, para no ser perseguidos hasta la frontera. Si cuando llegue este momento el ejército belga con las nuevas fuerzas inglesas les cierra el camino, las tropas enemigas serán totalmente exterminadas.»

Todo esto, el público no lo oía o no lo entendía bien.

La idea de que, como dicen los esgrimistas, «romper no es huir», no ha entrado nunca en la mente popular. Y ante el avance lento de los alemanes, el país entero comenzaba a mostrarse no sólo inquieto, sino hasta indignado. ¡Tener un millón de hombres para no detener siquiera un día la marcha del enemigo! ¡Hablar todos los días de victoria segura, y dejar invadir poco a poco el territorio! ¡Asegurar que cada soldado francés vale más que un soldado alemán, y retroceder sin cesar!... No, el pueblo no lo admitía.

¿Ha sido por dar satisfacción a sus compatriotas por lo que el general Joffre se ha decidido al fin a librar una gran batalla en las puertas mismas de París?

No me parece probable. El generalísimo no ha sido nunca un hombre capaz de dejarse influenciar por las voces de la calle. Frío y tenaz, seguro de sí mismo y seguro de sus hombres, preferiría abandonar el mando a dar un paso que no esté calculado de antemano.

— Cuando llegue el momento — ha dicho desde un principio — avanzaremos.

¿Ha llegado este momento? El boletín del Ministerio de la Guerra de anoche anuncia que, después de un ataque vigoroso, los alemanes, que habían avanzado hasta Meaux, se retiraban perseguidos por los franceses. Los boletines oficiales son siempre de una sobriedad desesperante. Pero hoy la censura se ha mostrado menos rigurosa que de costumbre, y un despacho de un corresponsal inglés, *attaché* al ejército del general French, da algunos detalles sobre la batalla. Los enemigos, según parece, se habían atrincherado en las márgenes del Marne. Los aliados los atacaron enérgicamente y la infantería cedió ante el ataque terrible de los franceses. «En ese momento — dice el *Herald* — los alema-

nes descubrieron sus baterías escondidas en un bosque que dominaba la posición. Las ametralladoras y los cañones lanzaron una lluvia de fuego contra los aliados. Los cañones franceses contestaron. El duelo fué épico. Al fin, la artillería alemana sucumbió, dando la señal de la retirada hacia el Este. La caballería francesa comenzó a perseguir a los fugitivos. En cinco minutos una batería francesa destruyó el puente de barcas que los ingenieros alemanes habían construído en el Marne.» El *Herald* termina así su relato: «La inmensa y cruel llanura del campo de batalla, después de la acción, aparece cubierta de cadáveres bajo un sol admirable en la dulzura del paisaje de la Isla de Francia. En una sola trinchera los cañones franceses han enterrado una sección entera alemana.» El resultado de esta batalla, que no es sino un episodio de la gran batalla que comenzó el 6 y que continúa aún, ha sido la destrucción de un cuerpo de ejército y la captura de numerosos prisioneros. Un batallón entero de infantería y una compañía completa de ametralladoras se rindieron. El número de muertos y heridos es tan espantoso, que el Gobierno no se atreve a comunicarlo a la prensa. «Millares de cadáveres», dice un telegrama.

Yo hubiera creído, al leer los detalles de esta victoria, que los escritores militares la celebrarían con entusiasmo. Ninguno, sin embargo, parece darle una gran importancia. En la guerra actual, según todos ellos, lo importante no son los triunfos parciales, por brillantes que parezcan. Ni los triunfos ni los reveses. De lo que se trata es de mantener el ejército entero, intacto, para una acción general. «Durar.» Hé ahí la palabra que más a menudo emplean los maestros de la estrategia. El que dure más en mejores condiciones será el que venza.

Desde este punto de vista, los franceses se hallan más favorecidos que los alemanes. «Un despacho de Copenhague — dice el *Standart*, de Londres — reconoce que el sentimiento dominante en Alemania es muy diferente ahora que al comienzo de la guerra. Hace un mes, el optimismo era general. Ahora el país entero está de luto. Las pérdidas confesadas son enormes. No es exagerado decir que más de 300.000 soldados alemanes han sucumbido ya en las batallas de Bélgica y de Francia y en la defensa contra los rusos. Nuestro corresponsal ha pasado por Berlín, Leipzig, Dresden, Hannover, Hamburgo y Colonia. Esas grandes ciudades tienen aspecto de cementerios. El número de hambrientos es incalculable y el pesimismo gana terreno de minuto en minuto.» Los prisioneros, por su parte, confiesan que, a pesar de sus esfuerzos desesperados, los jefes prusianos no tienen esperanza. «Los franceses — dice un capitán herido — nos mantienen en perpetua alerta con sus ataques y sus escaramuzas sin aceptar las batallas. El ejército está agotado a causa de la marcha y de la falta de sueño. Preferiríamos carecer de municiones a no poder dormir nunca.» El capitán termina así: «El general Joffre es un terrible enemigo.»

Esta frase contribuirá, sin duda, a que los que hasta ayer dudaban del generalísimo, cambien hoy de opinión.

Los que lo conocen a fondo, no necesitaban de ninguna prueba material para estar seguros de que este jefe de un gran ejército democrático no hace nada sin su cuenta y su razón. Las circunstancias pueden, a la larga, serle desfavorables. Puede no lograr la victoria que espera. Puede ver sus fuerzas deshechas por el enemigo. Los hombres, en los casos graves, están entre las manos de Dios. Pero, pase lo que pase, ni su volun-

tad, ni su inteligencia, ni su perseverancia le faltarán nunca. Cuando los rumores de la inquietud pública llegaran a sus oídos, se contenta con sonreír. En su perpetuo esfuerzo, no tiene tiempo de hablar. Su humor, por lo demás, no ha sido nunca muy comunicativo. Sus amigos llámanle Joffre *el Taciturno*.

«Cuando Joffre se acerca a las fortificaciones de París—decía ayer un coronel del Estado Mayor—, él sabe lo que hace.»

Nadie, en efecto, puede conocer las defensas del norte de la capital como él, que las construyó. Porque no hay que olvidar que es al jefe supremo del ejército francés a quien se le debe la formidable línea del sector de Enghien. Apenas salido de la Escuela de Guerra, después de ganar sus primeros galones durante la campaña de 1870, comenzó a trabajar en las defensas fijas del territorio nacional y de las colonias. Los alemanes mismos, cuando visitaban los campos atrincherados de Francia, decían:

— El que ha dirigido estas obras es un gran estratega.

Actualmente dicen lo mismo, o por lo menos lo piensan, puesto que visiblemente tratan de alejarse de Toul, de Verdun, de Épinal, de todos los lugares en donde los cañones están protegidos por las cúpulas de acero. Sólo que, si no con sus obras, al menos con el que las construyó se encuentran sin cesar.

La nueva capital de Francia.

Burdeos, 8 de septiembre.

Como todo el mundo, yo he venido a Burdeos. Pero, ¿dónde está Burdeos?... ¿Dónde está mi viejo Burdeos, tranquilo, lento, suave, sibarita y tibio?... ¿Dónde están las famosas Allées de Tourny, orgullo del Mediodía, que por las tardes se convertían en un verdadero salón mundano?... ¿Dónde está el Cours de l'Intendance y su animación discreta y su desfile de muchachas morenas?... Los invasores parisienses han arrollado todo en un alud ruidoso. Ni la plaza del Teatro, que era hasta ayer el paisaje típico de la ciudad, existe ya. Porque este vasto espacio comprendido entre la columnata dórica de la Ópera y un hemicírculo de cafés, de restaurants, de hoteles y de tiendas, más parece una encrucijada parisina. ¡Qué digo! Hasta el acento ha desaparecido, ese jorgeante *assant* que pone algo como una nota de música al final de cada palabra.

¡Burdeos capital!

Según la estadística del Municipio, han venido, acompañando o siguiendo al Gobierno, unos cincuenta mil forasteros. Pero la verdad es que yo no puedo aceptar esta cifra. Con sólo dar un paseo, bástame para convencerme de que todo París está aquí.

Eduardo Zamacois, al pasearse esta tarde conmigo,

viendo que a cada paso encontraba yo alguien a quien saludar, me dijo algo asustado:

— Llevas tres días aquí y ya conoces a todo Burdeos.

En realidad, es todo el Bulevar, son los cafés del Bulevar, son los periódicos y los teatros del Bulevar los que ocupan la vieja ciudad provinciana.

— ¿Quieres conocer parisienses ilustres? — le pregunté a mi amigo—. Pues siéntate en esta terraza... ¿Ves a aquel señor de lentes, que tiene un bigote triste y un rostro demacrado? Es M. Hanotaux. Al que se halla a su lado y que tiene algo de mongólico en la expresión, no tengo necesidad de nombrarle; ya tú debes conocerlo.

— ¿Clemenceau?

— El mismo.

— ¿Y aquel gordo, risueño, rosado, florido?

— Ese es M. de Nalèche, director del *Journal des Débats*. Si los gordos te interesan, allá hay otro más considerable, el del pelo blanco rizado, el del chaleco verde, el de las maneras cardenalicias. Es un cardenal de las letras: Jean de Bonnefon. El que se pone de pie, vestido de soldado, miope, rubio, encorvado, es Henry Turrot, que tanto ha escrito sobre la América del Sur. El otro soldado, joven, risueño, apuesto, es Scott, el pintor hoy de moda, el que mejor *campe* un jinete en un caballo de guerra. Y el otro del mismo grupo, el cetrino de cara, el del bigote negro y de los ojos verdes, es Antonio de la Gándara, que se aburre muchísimo lejos de su estudio del Barrio Latino y de sus amigas argentinas.

— ¿Y aquel que parece un general retirado?

— Ese es René Mayzeroy. El que lo acompaña, a pesar de su aspecto insignificante, es el rey del perio-

dismo francés, el tirano de la opinión, el conquistador del éxito ruidoso, el nunca bastante discutido Buneau Varilla, director del *Matin*. Cerca de ellos, en actitud de conspiradores, hay tres personajes. ¿Los ves? Uno es minúsculo y simiesco: Sem, el dibujante; el otro es grave y sacerdotal: Le Bargy, el actor; el tercero es lívido, enfermizo y nervioso: Henri Lettelier, director del *Journal*. ¿Sabes de qué hablan? De comprar en Chile o en el Brasil las ametralladoras alemanas para venderlas a Francia... Todo el mundo es guerrero ahora...

Mi amigo Zamacois parece ver con interés a esta gente. Pero son las mujeres, las lindas parisienses elegantes y ondulantes, las damas de todos los teatros del Bulevar, las que más atraen sus miradas.

— Lo mejor de París está aquí — exclama contemplando un grupo de rubias.

Si; todo París se ha trasladado a Burdeos.

Uno sale por la mañana de su casa, camino del parque. El recuerdo de las bellas enramadas vistas en otros días llena el alma de suaves ilusiones provincianas. En paz, propónese leer un capítulo del último libro, bajo un magnolio florido, en la atmósfera apacible del verano agonizante. De pronto, un grito hace cambiar el rumbo de las ideas. «¡Le Matin!», clama un chico que pasa corriendo con su paquete de hojas impresas bajo el brazo. Luego es otro, que grita: «¡Le Figaro!»; luego otro: «¡Le Temps!»; luego otro: «¡L'Echo!»; luego otro: «¡Les Débats!»... Y en el acto, ante esa avalancha de diarios que no son de aquí, ante ese modo de vender que no es de aquí, todas las sensaciones bordelesas se desvanecen para hacernos ver que es París entero, con sus pasiones, con sus fiebres, con sus carreras, con sus prisas, con sus nervios, el que ha cambiado de sitio.

Antes de la invasión, Burdeos vivía como ha vivido siempre, saboreando sus vinos, poniendo en cajas sus sardinas, contando los días de lluvia y de sol. De la guerra no se hablaba sino de un modo tranquilo, examinando las circunstancias de cada batalla y comentando los boletines oficiales. Una fe serena en el resultado final de la lucha servía de alimento al patriotismo de la ciudad. Y además del tema guerrero, había para animar las charlas del café y del paseo otros muchos asuntos, casi tan importantes como la campaña. ¡Vivían tan lejos del teatro de la tragedia estas buenas gentes! Los mismos periódicos locales conservaban su aspecto ordinario, dando al dios de los ejércitos lo que es de ese dios, y a las divinidades de la existencia corriente lo que les pertenece. Las noticias del puerto, y de la cosecha, y de los vinos, y de los negocios tenían siempre su interés. ¡Qué diablo! No sólo de bombas vive el hombre... Por las tardes, a la hora del *persil* diario, las familias se detenían ante los escaparates para examinar las nuevas modas. Los pianos seguían tocando, entre dos Marsellesas, muchos vales vieneses y muchos más tangos argentinos.

Pero he aquí que París se ha adueñado, no sólo de las casas, sino también del espíritu de este pueblo. El contagio de la fiebre ha sido inmediato. El bordelés, ayer vinatero, es hoy militar y político. En los cafés populares todo se reduce a la guerra, al Gobierno, a la política.

Que en los primeros momentos haya habido un poco de orgullo en el triunfo de Burdeos sobre sus demás rivales de provincia, es indudable. La lucha de prestigio entre Toulouse, Marsella, Lyon y Burdeos es secular. Burdeos, con sus grandes alamedas, con sus soberbias plazas desiertas, con sus grandes teatros, con sus her-

mosos palacios, con su noble abolengo, con sus mujeres morenas, con sus vinos famosos, con sus cercanías floridas, se ha creído siempre superior al resto de Francia. Pero Burdeos no tiene medio millón de habitantes, como Marsella y Lyon. Burdeos no posee una importancia política igual a la de Toulouse, patria de casi todos los ministros influyentes. Burdeos no se halla en el centro del país, ni siquiera se distingue por su entusiasmo electoral.

Además, a doscientos kilómetros de París, en las márgenes del Loira, otras ciudades, como Blois y Tours, ofrecían sus castillos feudales al Presidente y a los ministros.

— ¡Ya verá usted que no van hasta la Gironda! — decían los bordeleses de París, entristecidos, pero dignos.

Y agregaban:

— Nosotros no somos intrigantes... Nosotros tenemos dignidad...

Esto, a fe mía, es cierto. Con su frialdad casi británica, un poquito estudiada; con su riqueza secular, con su fama de belleza y de elegancia, Burdeos es una de las poblaciones que más aspecto de noble independencia han tenido siempre.

Sin intrigas, pues, Burdeos ha triunfado. Y una vez segura de su triunfo, no lo deja ver, no grita de júbilo, no se muestra orgulloso.

Al contrario. Pocos días bastaron para que casi comenzase a quejarse de su victoria.

El Senado y el Congreso hanse instalado en dos teatros. La Prefectura abriga al Presidente de la República. En cada edificio departamental hay un Ministerio. Los hoteles de primer orden alojan embajadores, generales, príncipes.

— ¡Té! — exclaman los burgueses —; aquí estarán siempre mejor que en su París.

Y, a decir verdad, no se equivocan. En esta atmósfera de bienestar holgado, de riqueza secular, de trabajo tranquilo, de alegría sonriente, se vive en tiempos ordinarios con menos vértigo que en la gran metrópoli de todas las fiebres.

Sólo que, ¡ay!, Burdeos ya no es Burdeos.

Los automóviles pasan como hipógrifos, amenazando a la pobre gente. Por todas partes se ven oficiales que galopan en sus corceles de guerra. Los restaurants son asaltados por muchedumbres exigentes. Las carrozas del Cuerpo diplomático llenan la plaza del Teatro y la rue Vital Carles, desde por la mañana hasta por la noche. Las actrices y las *demi-mondaines* humillan a las bellas indígenas con sus *toilettes* fantásticas.

— Los alemanes — dice una dama severa — nos habrían tratado mejor.

En todo caso, es seguro que un cuerpo de ejército enemigo hubiera cambiado menos la existencia bordelesa que esta invasión parisina. El mismo alcalde de la ciudad, entrevistado por un redactor del *Matin*, confiesa que todos los hábitos de sus paisanos están cambiados a causa del éxodo parisiense. «Hasta ahora—agrega— el precio de la vida no ha aumentado para nosotros; pero temo que ese momento llegue. Por eso hemos hecho grandes provisiones de trigo, de sal, de carne.»

Si para los bordeleses la existencia es siempre barata, no así para los inmigrantes. En los hoteles de primer orden no hay medio de encontrar departamentos. El mismo ministro de la República Argentina, que en París ocupa uno de los más bellos palacios de Passy, aquí ha de contentarse con dos o tres habitaciones en

el Hotel de Bordeaux. Otros diplomáticos menos afortunados no tienen sino un cuarto. En cuanto a nosotros, simples mortales, pagamos una alcoba de cualquier casa particular, más cara que un salón en el «Plaza» de Buenos Aires. Por un *petit appartement* en la rue Judaique, que en tiempos ordinarios no valdrá arriba de veinte duros mensuales, cobran ahora trescientos francos por semana. Con los restaurants pasa lo propio. Los antiguos almuerzos opíparos de tres francos, con vino y café, han desaparecido. En todas partes se sirve a la carta. ¡Y si vierais cómo se sirve! Una mesa en el Chapon Fin hay que retenerla con tres días de anticipación, para esperar luego, entre cada plato, una larga media hora.

— ¡Té! — exclaman los camareros —; no tenéis más que volveros a París.

Porque con la invasión, la vieja buena crianza proverbial de estos mozos, que antes ayudaban al parroquiano a escoger una botella o a decidirse por un manjar, se ha desvanecido. Ahora todo el mundo está nervioso, todo el mundo tiene prisa, todo el mundo habla rápidamente.

— ¡Yo que venía aquí huyendo de las incomodidades y de las malas comidas del París actual! — exclama Jean de Bonnefon.

— Yo también — le contesto.

El cardenalicio sibarita medita largo rato, y al fin me dice:

— ¿Qué piensa usted hacer?

— Volvernos a París — le contesto.

Primeros ecos del Marne.

9 de septiembre.

Una verdadera batalla ganada, muchos batallones prisioneros, cuarenta ametralladoras y seis banderas tomadas, un cuerpo de ejército deshecho, el enemigo rechazado en un espacio de 40 kilómetros... ¿Qué más podía querer el Ministerio de la Guerra para renunciar a su silencio? ¿Qué mejor ocasión habían de esperar los escritores militares para mostrarse elocuentes?... Y he aquí, sin embargo, que el mutismo oficial continúa, que el laconismo de los periódicos persiste.

Ni uno solo de los literatos que se han especializado durante estos últimos tiempos en asuntos militares, parece dar importancia a los acontecimientos de la región de Meaux. Los periódicos ingleses, según los despachos de las Agencias, publican detalles sobre la admirable ofensiva de los aliados en las márgenes del Marne. Los mismos alemanes aseguran que, parodiando la frase de Bonaparte, en Leipzig, el mariscal von der Goltz exclamó anoche, al recibir las noticias de la victoria del ejército de Joffre: «Al fin, van aprendiendo de nosotros.» Sólo los franceses desdeñan lo que debiera enorgulleclos.

«Las acciones aisladas — exclaman todos — no tienen importancia. Lo que nos interesa es el conjunto de la campaña.»

Y sin más lirismo que cuando los boletines no anunciaban sino movimientos de retirada, concluyen: «El triunfo final es seguro.»

Un artículo de *El Liberal* da, al decir de *Le Figaro*, la medida exacta del estado militar de Alemania y de Austria. Estos dos países son dos plazas sitiadas, y las incursiones germánicas en territorio francés no representan conquistas, sino salidas. Lógicamente, resulta imposible, según la opinión de nuestro compañero madrileño, que los soldados del Káiser rompan el cerco que los oprime. Lo que ganan por un lado, lo pierden por el otro. Y *Le Figaro*, después de traducir el artículo de *El Liberal*, concluye asegurando que todos los que ven con clarividencia y sin prejuicios la faz completa de la guerra, tienen que aceptar la fórmula del escritor español como la más gráfica de todas.

El período preparatorio de la campaña está ya terminado. Se trataba en Francia de forjar, con elementos vibrantes, un arma fría, tranquila, y eso es lo que el generalísimo ha conseguido con una paciencia que ha estado a punto de costarle su popularidad. El pueblo francés es hoy lo que era en tiempo de Francisco I. La estrategia y la táctica, en cambio, se han transformado por completo. Hoy, para resistir a la artillería y al tiro a larga distancia, lo indispensable es la pasividad. Ya un general inglés, al principio de la guerra, decía: «Es lástima que los franceses no sean rusos, y los rusos, franceses, pues éstos están hechos para atacar y los otros para resistir.»

Un mes, sin embargo, ha bastado para modificar el carácter de los soldados de Joffre, que comienzan a mostrarse tan pacientes en la defensa como eran antes fogosos en el asalto.

«Esta esclavitud silenciosa de la disciplina — escribe un oficial —, esta móvil resignación, esta pasiva bravura nos es dolorosa. Nuestras virtudes y nuestros defectos protestan contra tal renunciamento al individualismo. Marchar, luchar, vencer o ser vencidos, eso nos va a maravilla. Estarnos quietos, esperar horas enteras bajo la metralla a que la orden llegue, no comprender nada en esas órdenes y tener que obedecer, sentirnos a veces capaces de tomar la ofensiva y tener que replegarnos, eso es muy duro. Nuestros hombres, no obstante, se pliegan ya con confianza al nuevo método. Después de haberse precipitado en un principio, sin consentir en esperar el apoyo de la artillería, con un ardor temerario, que nos costó terribles pérdidas y nos hizo pagar las victorias de Alsacia más caro de lo que valían, han pasado en tres semanas de la escuela de maniobras a la práctica del verdadero combate. Ahora todos miden el esfuerzo, ahora soportan el fuego sin impaciencia, como los viejos de Napoleón. Sin haber perdido nada de su movilidad, han aprendido a no lanzarse hacia adelante sin orden. Pacientes, fuertes, siempre alegres, permanecen en las trincheras días enteros, sin nervios, sin espíritu crítico. Se trata de resistir y de desgastar al enemigo, superior en número. Resisten y lo desgastan.»

Más que triunfos, el generalísimo demuestra desear el cansancio de los alemanes. En dos o tres circunstancias, aun teniendo probabilidades de obtener una victoria en una batalla, ha preferido ceder el terreno, paso a paso, luchando en orden disperso, sirviéndose más de su artillería que de sus tropas, imponiendo esfuerzos vanos a los alemanes y salvando siempre el grueso de su ejército de todo lo que pueda diezmarlo o debilitarlo. Después de la batalla de Marville, cuando el general

French felicitó al general Joffre, éste se contentó con decirle:

— Hubiera preferido no obtener ese éxito.

He aquí cómo describe, no obstante, el *Daily Chronicle* aquella acción:

«Marville será uno de los episodios más heroicos de la campaña. Cinco mil soldados franceses de todas las armas, provistos de ametralladoras, atacaron a veinte mil soldados de infantería alemana, y, a pesar de su enorme inferioridad numérica, dieron muestras de tal empuje, que rechazaron al enemigo en toda la línea, en un combate que duró doce horas. Las pérdidas alemanas fueron grandísimas, mientras las francesas no fueron considerables. Un oficial prusiano hecho prisionero en este combate ha expresado su admiración sin límites por los soldados franceses, que declara soberbios.»

El *Times*, hablando de la misma acción, dijo:

«Nuestros aliados combatían con una indomable bravura, y los ingleses se sintieron orgullosos de tales compañeros de armas.»

El único que dió poca importancia a aquella hazaña fué el generalísimo, para el cual todo lo que no es sino romántico, aunque brillante, resulta inútil. Ante otros movimientos que a todos nos han parecido verdaderos desastres, en cambio, Joffre *el Taciturno* ha dejado reflejarse en su duro rostro un resplandor de alegría. Y es que en su estrategia, las retiradas que vistas en detalle causan una sensación de desaliento, no son, en el conjunto de una inmensa maniobra, con un frente de 200 kilómetros, sino combinaciones cuyo objeto es fatigar y diezmar al enemigo, llevándolo poco a poco hacia las posiciones escogidas de antemano.

Hay que darse cuenta de la manera cómo la marcha